

Historia 27—Id, Decid a Mis Discípulos

Lucas, en su relato del entierro del Salvador, habla de las mujeres que estuvieron con Él en Su crucifixión, y dice:

«Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y reposaron el día de reposo, conforme al mandamiento» (Lucas 23:56).

El Salvador fue sepultado el viernes, el sexto día de la semana. Las mujeres prepararon especias y ungüentos para embalsamar a su Señor, y los guardaron hasta que el día de reposo hubiera pasado. Ni siquiera la obra de embalsamar el cuerpo de Jesús harían en el día de reposo.

«Y cuando pasó el día de reposo, ... muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, al salir el sol» (Marcos 16:1, 2).

Al acercarse al huerto, se sorprendieron al ver los cielos hermosamente iluminados, y al sentir la tierra temblar bajo sus pies. Se apresuraron al sepulcro, y se asombraron aún más al hallar que la piedra estaba removida, y que la guardia romana no estaba allí.

María Magdalena había sido la primera en llegar al lugar. Al ver que la piedra estaba quitada, se apresuró a ir a decírselo a los discípulos.

Cuando las otras mujeres llegaron, notaron una luz que brillaba alrededor del sepulcro, y mirando dentro, vieron que estaba vacío.

Mientras se demoraban en el lugar, de repente vieron a un joven con vestiduras resplandecientes sentado junto al sepulcro. Era el ángel que había removido la piedra. Atemorizadas, se volvieron para huir, pero el ángel dijo:

«No temáis; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.

E id pronto, y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos; y he aquí, va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mateo 28:5-7).

Cuando las mujeres miraron de nuevo dentro del sepulcro, vieron a otro ángel resplandeciente, que les preguntó:

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y sea crucificado, y resucite al tercer día» (Lucas 24:5-7).

Los ángeles entonces explicaron la muerte y la resurrección de Cristo. Recordaron a las mujeres las palabras que Cristo mismo había hablado, en las cuales había predicho Su crucifixión y Su resurrección. Estas palabras de Jesús ahora les eran claras, y con nueva esperanza y valor se apresuraron a ir a contar las gozosas nuevas.

María había estado ausente durante esta escena, pero ahora regresó con Pedro y Juan. Cuando ellos volvieron a Jerusalén, ella se quedó en el sepulcro. No podía soportar irse hasta saber qué había sido del cuerpo de su Señor. Mientras estaba llorando, oyó una voz que preguntó:

«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?»

Sus ojos estaban tan cegados por las lágrimas que no notó quién le hablaba. Pensó que podría ser el jardinero y le dijo suplicante:

«Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré».

Ella pensó que si la tumba de este hombre rico se consideraba un lugar demasiado honorable para su Señor, ella misma le proporcionaría un lugar. Pero entonces la voz de Cristo mismo llegó a sus oídos. Él dijo:

«María».

Sus lágrimas fueron rápidamente secadas, y contempló al Salvador. Olvidando, en su alegría, que Él había sido crucificado, extendió sus manos hacia Él, diciendo:

«Rabboni» (Maestro).

Jesús entonces dijo: «No me toques; porque aún no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Juan 20:15-17).

Jesús rehusó recibir la homenaje de su pueblo hasta que supiera que Su sacrificio había sido aceptado por el Padre. Él ascendió a las cortes celestiales, y de Dios mismo escuchó la seguridad de que Su expiación por los pecados de los hombres había sido suficiente, y que por Su sangre todos podrían obtener la vida eterna.

Todo poder en el Cielo y en la tierra fue dado al Príncipe de la Vida, y Él regresó a Sus seguidores en un mundo de pecado, para impartirles Su poder y gloria.